|  |
| --- |
| TIEMPOS MODERNOS. Santos Sanz Villanueva Luis Pérez Ortiz se dio a conocer hace sólo unos meses con “La escondida senda”, novela de plenitud conceptual y de muy seguro trazo en la forma. La madurez vital del autor, que anda ya por los 40, podría explicar estas virtudes, infrecuentes en un texto primerizo. Su nuevo título, “Apuntes de Malpaís”, añade la nota de una evidente versatilidad, pues se trata de un relato muy distinto al primero tanto por sus asuntos como por su construcción. Ambos obedece, sin embargo, a un impulso íntimo semejante: la forja de una biografía ficticia el primero y el cáustico repaso, en el siguiente, de los tiempos modernos –por decirlo con el representativo rótulo de la película de Chaplin- proceden de una común desconfianza hacia la realidad cotidiana de esta época deshumanizada. Un descontento con la sustitución de la ética individual por el gregarismo consumista induce al retrato caleidoscópico de un lugar, una alegórica república de Malpaís, sobre el que se proyecta una mirada nada indulgente.  Pérez Ortiz tiene el propósito de abarcar en su pluralidad los modos de vida de esta tierra suya imaginaria, aunque reconocible en nuestra propia sociedad, y por ello dispone un planteamiento que prima la variedad por encima de toda otra consideración. Variados son los personajes. Aunque unos pocos sobresalgan entre los restantes, integran una nómina larga de ocupaciones con un propósito de retrato coral. También se entremezclan variadas formas, desde la pura narración y el relato interpolado hasta el casi tratado ensayístico, pasando por cartas, cuadernos o diarios.  También, en fin, el estilo, en buen acuerdo con los rasgos anteriores, emplea más de una clase de enunciados. Hay pasajes informativos, se eleva el tono para dar paso a lo imprecatorio, o surge el razonamiento con frialdad discursiva, y no falta lo poemático, apoyado en creativas imágenes. Esas diversidades de prosa exhiben un léxico rico y una sintaxis flexible. En suma, una lengua expresiva y cuidadosa (salvo por un ahuyentar sin hache), acompañada de buenas adjetivaciones y que se atiene a una necesaria eficacia narrativa.  De resultas de este tratamiento, sale un relato fragmentado al máximo, aunque siempre regido por el autor. Gracias a ésta, todos esos elementos se integran en un mosaico que representa los afanes de la sociedad actual. También aquí la atención de Pérez Ortiz tiende a la multiplicidad y las breves secuencias de la novela discurren lo mismo por los valores espirituales que por los impulsos del materialismo más burdo. Aunque lo niegue la cubierta del libro, la mirada del escritor es profundamente costumbrista, de un costumbrismo no complaciente, lúcido y eficaz, una mezcla muy moderna y sugerente del enfoque crítico de Larra y de la disposición retórica y especulativa del marginado Miguel Espinosa.  Los malos hábitos colectivos ya denunciados por Larra (del “vuelva usted mañana” al menosprecio de la inteligencia) y el peso de los mandarines y la fea burguesía denostados por el murciano Espinosa cobran en la crónica de Malpaís nueva vida. Al lado, Pérez Ortiz subraya notas muy características de nuestros días: la sociedad del desperdicio y la basura, la mecanización del ocio, el control social ejercido por la televisión, la frialdad en las relaciones personales, el arte como negocio… ésas y otras degradaciones más se condensan en una imagen global de un territorio adormecido en la grisura y la mediocridad.  Al margen de las complacencias habituales en parte de la narrativa actual, Pérez Ortiz practica un vigoroso regeneracionismo dentro de moldes satíricos e hiperbólicos. La suya es una mirada sarcástica que pone en evidencia la “vorágine del siglo XX”. La ilustración de la cubierta, debida al propio LPO, que es dibujante, sintetiza muy bien lo que hay de parodia, sobre un fondo de elegía por el paraíso perdido en una inocencia antigua, en su valiosa crónica compuesta con múltiples apuntes de un llamado, y bien llamado así, Malpaís: una tierra inventada que se parece a la nuestra como una gota a otra.  (Publicado en “Esfera”, suplemento cultural de “El Mundo”, 26/XII/1998) |